

Relatos

En el mes en el que el verano se abre paso llegan a Ca que se fueron y que irrumpen de nuevo cuando el olo nuevo visibles, audibles y palpables. Un automatismo el miedo a una leyenda en la que nadie cree pero que t



VACÍO

Ando con flores en las manos y a lo lejos te veo plantar el trigo. Mientras corro hacia ti, no para de crecer. Yo tampoco. Avanzo entre las espigas altas, juegas al escondite. Cantas. La cuadrilla de vecinos viene a ayudar antes del amanecer para aprovechar la fresca. Desapareces. Las hoces ensayan el baile propio de la siega. Te veo en la era. Empieza la trilla. Avientan la paja. Te sigo hasta el molino cargada con el grano. Los sacos de harina vuelven ladera abajo hasta la casa de piedra. Te pierdo de vista, pero en la cocina esperas para enseñarme a amasar. Sonríes. Espolvoreas de blanco la mesa y te limpias las manos en el delantal.

Todo eso, madre, desde que he llegado al pueblo a poner-te estas flores y, al pasar por la única tienda abierta, olí el pan.

Elena Bethencourt

Elena Bethencourt

De Tenerife, filóloga. Primer Premio de "La pobreza en cien palabras" de EAPN España, 2018 y 2019; ganadora de Junio 2019 de "Relatos de abogados" de la Abogacía Española; Ganadora de noviembre 2018 y 2019 de "Relatos en Cadena" de la Cadena Ser; Primer Premio del Concurso de Microrrelatos AMIR, México, 2019; Primer Premio del Concurso de Microrrelatos Redpal de Andalucía; Segundo Premio Certamen de cuentos Madrid Sky; Primer premio de Cuentos de Navidad de Zenda, 2020; Primer Premio del Certamen internacional de microrrelatos de San Fermín 2020; Ganadora Premio Nacional de Poesía infantil Charo González, 2020



Veinticuatro de junio

Si les preguntas no te responderán. Puede que percibas un cambio mínimo en su gesto, una ligera dilatación en las pupilas, un rictus en la comisura de los labios. Como mucho.

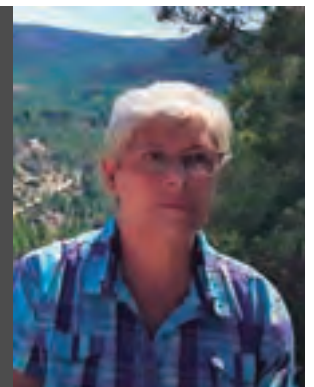
Si insistes, negarán con vehemencia que ese día que tú dices, a la misma hora, cada año, desde que la memoria es memoria, la aldea se sumerge en un silencio ensordecedor que ni los perros se atreven a romper. No te dirán que se recluyen en las casas a las ocho en punto. Que cierran los postigos y taponan cualquier resquicio en las paredes. Que acuestan a los niños en las camas de sus padres. Que una niebla pegajosa baja de la montaña y alarga su sombra por las calles. Te dirán que mientes si afirmas que una leyenda habla de una mujer, o de una niña, nadie lo sabe con seguridad. Se reirán en tu cara, te tomarán por loco pero distinguirás el miedo, una vibración entre las sílabas que confirmará tu presentimiento.

Y ante tu mirada incrédula te asegurarán que nadie, nadie en la aldea cree en las leyendas ni en las supersticiones.

Elena Casero

Elena Casero

(Valencia, 1954) es Técnico de Empresas Turísticas. Ha publicado las novelas Tango sin memoria, Demasiado Tarde, Tribulaciones de un sicario, Donde nunca pasa nada y Las óperas perdidas de Francesca Scotto. El libro de relatos Discordancias y el de microrrelatos Luna de perigeo.



La Asociación Félix de Martino de Soto de Sajambre nace en 1994 con la necesidad de recuperar el patrimonio histórico y cultural de Soto de Sajambre, un pequeño pueblo de la vertiente leonesa de los Picos de Europa, que proporcionó un oriundo del pueblo, Félix de Martino, que hizo fortuna en México y construyó una Escuela en Soto a principios del siglo XX, dotándola de un material de gran valor didáctico. La Asociación se encarga, entre otros fines, de organizar conferencias, eventos musicales y organiza desde hace 10 años un concurso de microrrelatos anualmente con distinta temática en cada edición. El tema de este año fue "La España vaciada". Los relatos "Vacío" y "Veinticuatro de junio", que se publican en esta página, son obra de las dos últimas ganadoras.

de junio

Una carta Local relatos que evocan recuerdos, los de los seres queridos por el pan o la nota escrita en el reverso de una foto los hacen de la memoria que choca con el de la desmemoria impuesta por todos temen en la aldea cada veinticuatro de junio...

Un susurro desde el reverso

La foto la encontré en un marco de madera, en uno de los cajones de su mesilla de noche, un par de horas después de su muerte. Permanecí en su casa una semana, junto a mi madre. Aquellos días no salí a la calle, me movía sin rumbo por las habitaciones, entre sus paredes, abriendo y cerrando con brusquedad las puertas de los armarios. Al tercer día, cansada de no poder dormir y algo desorientada, me senté varios minutos en su cama, intenté atrapar sus últimas horas de vida. Me quedé ahí esperando, respirándole, bajo su librería de madera, junto a Camus, Marei, Porter, Kundera, Saramago, Marías, Warthon, Onetti...



Murió de repente, sin tiempo para esperar, sin tiempo para despedidas. Murió mientras dormía. Estaba desnudo. Lo incineramos. El cielo estaba azul. Una semana más tarde, con el marco en la mano, fui probando cómo quedaría su sonrisa en los pocos huecos libres que había en el salón de mi casa, y donde el gato no fuera capaz de subirse. Finalmente, decidí que el mejor lugar era junto a sus cenizas. Estaban metidas en una urna color perla. En el tanatorio me dijeron que era biodegradable. Tenía forma de jarrón.

No hubo funeral. Tan solo leí unas palabras frente al féretro. Fueron dos párrafos y una poesía de León Felipe que dice que cualquiera es bueno para enterrar a los muertos, cualquiera, menos un sepulturero.

Es posible que, al principio, solo recordemos los últimos instantes que compartimos con los que se van. Un gesto, sus ojos, algunas palabras. Luego la memoria va más

allá y volvemos a evocar su vida en sentido inverso. Buscamos en las grietas, en las esquinas y recovecos. Hay momentos en los que siento una irrefrenable necesidad de hablar de él, con él. No es suficiente solo pensarlo. Me pregunto en qué consiste realmente un duelo, si en aprender a olvidar o en aprender a recordar. A lo mejor es un poco de ambas cosas. A él no le asustaba la muerte, era, según sus palabras, un mero trámite a la nada.

Con la llegada de la primavera, decidí ir al vivero. Busqué un magnolio joven y robusto, una maceta de barro y dos sacos de tierra mezclada con mantillo. Abrí la urna color perla y mezclé sus cenizas con la tierra

fresca. Hundí mis manos y mezclé la muerte con la vida. Hoy mi padre es un magnolio y como decía aquel poema, cualquiera, cualquiera es bueno para enterrar a los muertos...

Ayer, mientras limpiaba el polvo de la estantería, aquel marco, con su foto dentro, cayó al suelo. El cristal se hizo añicos, la foto escapó, resbaló del marco como resbala una carta bajo una puerta. Me agaché. Con la yema del dedo índice retiré los cristales del reverso y coloqué la imagen en su sitio. Entonces descubrí algo. Eran unas palabras escritas, unas palabras torpes y apresuradas. En ese instante, él volvió a la vida. Pude tocar su cara caliente y arrimar mi mejilla a su sonrisa, una sonrisa que rápidamente se transformó en susurro, un susurro desde el reverso.

Eva Losada Casanova

Eva Losada es Licenciada en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense. Es profesora de escritura creativa y novela en La plaza de Poe. Con su segunda novela *El sol de las contradicciones* (Alianza editorial, 2017) resultó ganadora del XVIII Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones. En 2010, su primera novela, *En el lado sombrío del jardín* (editorial Funambulista, 2014) fue seleccionada como finalista en el LIX Premio Planeta de novela y el Premio Círculo de Lectores 2010 para escritores noveles. En 2004 fue finalista en los Premios Constanti de relato breve. Su tercera novela, *Moriré antes que las flores* (editorial Funambulista), se publicó en marzo de 2021.

